© Francisco Villalobos & Iván Elvira

**Dr. Francisco Villalobos Santos, Independent Artist**

## VER SIN OJOS

**Categoría:** Ensayo.

**Resumen:** La necesidad de abrir nuestra percepción interior en detrimento de aquello que consideramos real, cotidiano y objetivo, nos ha llevado a crear un entorno ritual, subjetivo e íntimo, donde la anulación de la vista da lugar a una apertura de la mirada interior.

**Palabras clave:** ritual, percepción, iniciación.

## SEEING WITHOUT EYES

**Category:** Essay.

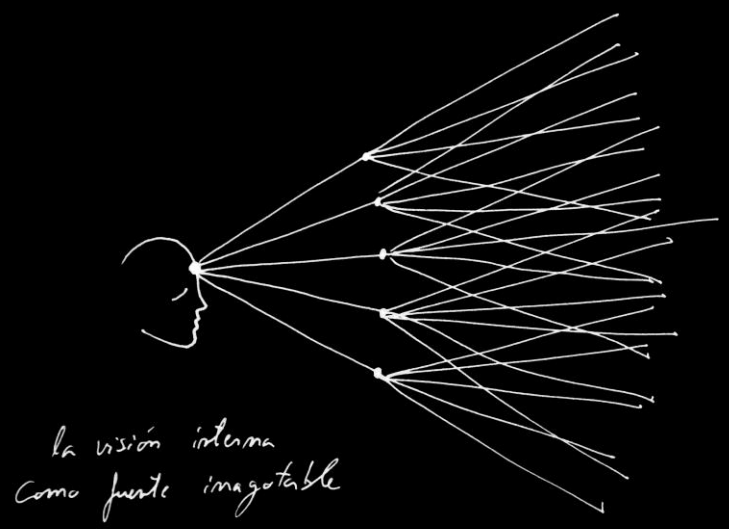
**Abstract:** The necessity of opening our internal perception to the detriment of all that we consider real, ordinary and objective, it drove us to create a ritualistic, subjective and intimate milieu, where the overriding of the vision brings about the internal sight.

**Key words:** ritual, perception, initiation.

### Acción ritual para una iniciación mistérica

### Crónica de un primer contacto con la esfera insondable de lo divino

El pasado viernes 13 de diciembre de 2013, a las nueve de la noche, en una emblemática casa del Albaicín de Granada, tuvo lugar un encuentro muy especial, al cual acudieron seis personas bajo la pista de una misteriosa carta que los citaba en aquel lugar. Un evento que surgía como homenaje a los grupos ocultistas y simbolistas de finales del siglo XIX y principios del XX, donde se pretendía recuperar el sentido ceremonial, ritual y secreto de dichos encuentros. Proponiendo precisamente un rito iniciático que confrontara a los invitados consigo mismos, con la naturaleza ilimitada y oculta tras los disfraces cotidianos. Una acción sin público, donde todos los involucrados asumían su propio rol, y donde la escena se hallaba despojada de todo decorado o artificio, dispuesta como un templo silencioso para la inmediata contemplación.



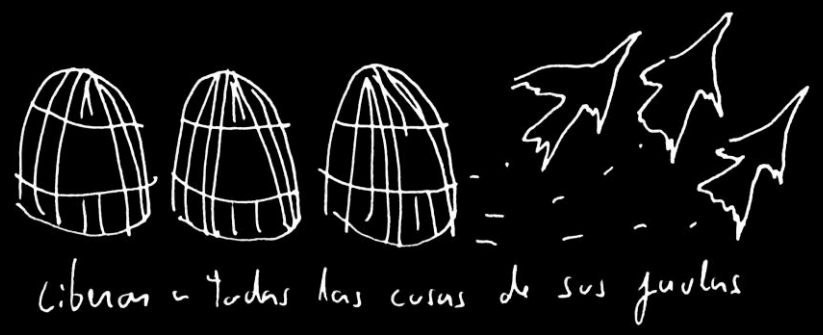

Dos personas recibieron a los invitados en un pequeño patio repleto de velas, antesala de la cueva donde tendría lugar una buena parte del ritual, como punto de salida y de llegada. Tras una copa de vino y unas palabras del anfitrión, su compañera vendó los ojos de cada uno de los asistentes, y tomándoles la mano los condujo a ciegas hacia la estancia secreta donde acontecería la parte más importante del ceremonial, una barca o nave desde donde emprenderían cada uno su viaje personal. Posteriormente fueron conducidos y devueltos al espacio inicial de la cueva, donde destaparían sus ojos, justo allí donde anteriormente éstos fueron cubiertos.

En el diseño de este viaje mágico tuve algunas cosas claras desde el principio: debía de haber dos espacios bien marcados, uno comunitario (como cripta y antesala del propio acto), y otro completamente personal y privado (templo indeterminado al cual accedemos al prescindir del sentido visual predominante). Es decir, teníamos un espacio iluminado por hileras de velas (líneas de fuego delimitaban sus aristas), el cual aún conservaba sus magnitudes, su disposición determinada, y desde el cual se accedía al tapar los ojos a un no-lugar infinito, sin magnitudes ni coordenadas, el cual se tejía con cada gesto y cada paso que a ciegas daban

© Francisco Villalobos & Iván Elvira

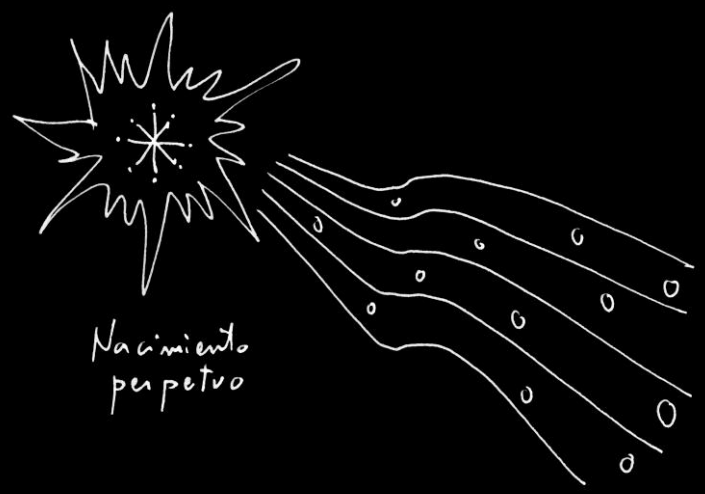
nuestros invitados, guiados por una dama que de la mano los adentraba en lo más profundo de la noche cósmica.

Uno de los principales objetivos motores del experimento radicaba precisamente en la necesidad de cortar el sentido visual tan predominante en nuestra cultura, para permitir que otros órganos más sutiles despertasen o se agudizasen, dando lugar por lo tanto a otro orden de percepciones. Pues cuando afrontamos las cosas desprovistas del sentido de la mirada, se desvanecen las nociones y categorías del mundo conocido, permitiendo que todo lo desconocido que descansa en las cosas de repente se manifieste. Al tapar esa mirada reduccionista y culturalmente programada, se potencia otra visión más dilatada e intuitiva, una sensibilidad que permite que los sonidos, los gestos, el humo, los vientos y los aromas se conviertan en los nuevos conductores y guías de la experiencia, desatando las cuerdas que rigen la conciencia burda, y permitiendo que todo se manifieste mediante nuevas imágenes e impresiones.




Precedentes de este tipo de prácticas las hallamos en ciertas iniciaciones chamánicas y tribales, en los cultos mistéricos grecolatinos, en algunas prácticas meditativas budistas e islámicas, así como algunos grabados que ilustran rituales y

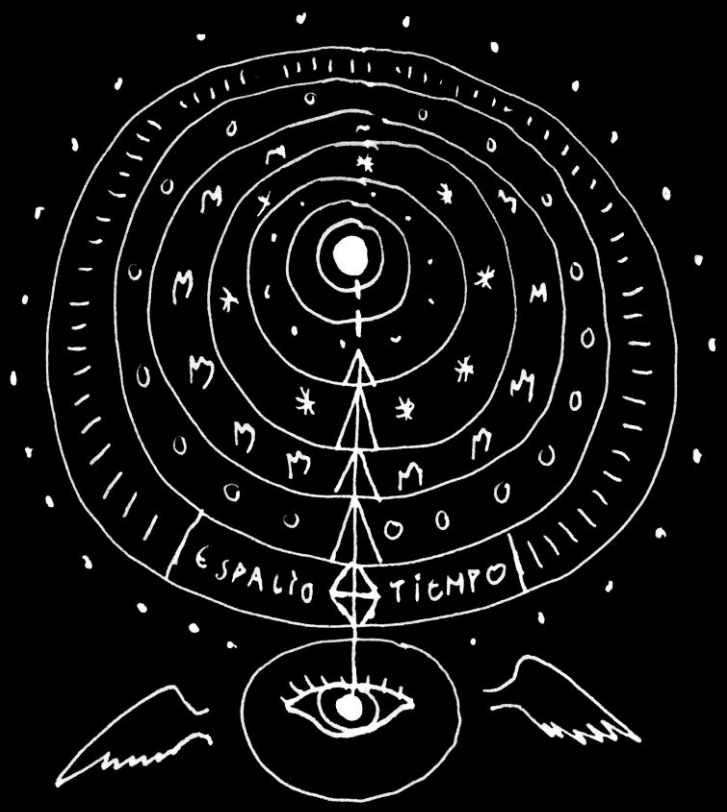
ceremonias masónicas. Ejercicios que suscitan una experiencia intensa y a veces desbordante de lo divino, un contacto con esa naturaleza insondable e inaprehensible de la que poco se puede decir, intransferible mediante las palabras, pues sólo la experiencia nos permite acceder a ella. Prácticas que simbolizan un sacrificio del propio individuo, así como del mundo que este cree conocer y dominar. Y tras el sacrificio de una forma dada (una personalidad, una conciencia, un cuerpo determinado, un mundo vivido...), aparece ahora un renacimiento del ser desde su propia fuente, un emerger con nuevo cauce desde su propio astro.




Por ello Demócrito alude a cómo los ojos son el signo de nuestra ceguera, pues prescriben el mundo a la función que los define. Y cuando conseguimos que la vista deje de obstaculizar el alma, uno explora y peregrina por un infinito sin límites.

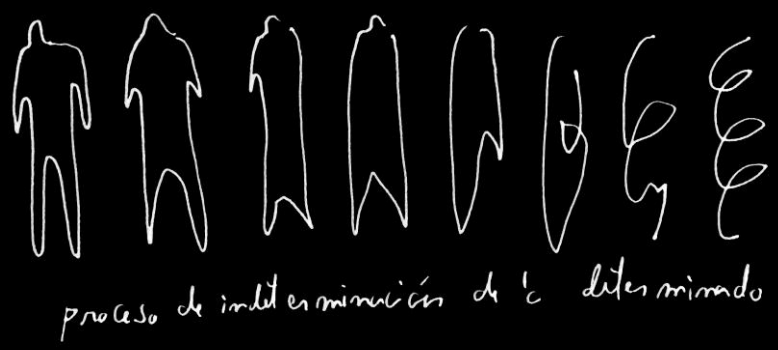
Pero para comprender estas cuestiones en mayor profundidad, analizaremos qué es lo que sucede cuando momentáneamente sesgamos ese ojo anatómico cincelado sobre la figura del rostro, que es lo que pasa cuando paramos la actividad de esa mirada que registra, lee y determina el sentido de todo cuanto un individuo percibe. ¿Qué sucede cuando anulamos el funcionamiento del ojo y permitimos que todos los

demás sentidos se agudicen haciendo posible una nueva percepción de las cosas? Abordaremos esta cuestión en tres puntos: La dimensión espacial; la dimensión temporal; y la percepción y conocimiento de las cosas.

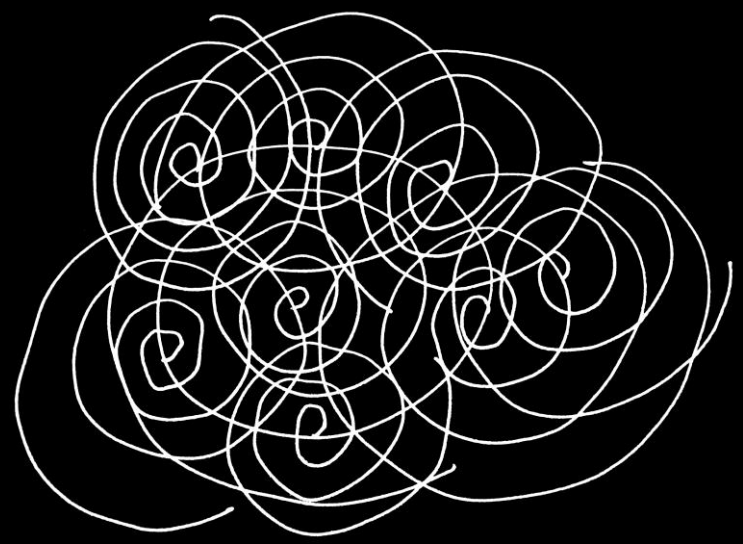



*1- La dimensión espacial*: El espacio deja de ser experimentado como extensión u superficie desplegada a priori, como unas dimensiones dadas y fijas sobre las que se mueven los cuerpos, un mapa prediseñado que contiene y puntualiza la posibilidad de todos nuestros movimientos y desplazamientos. Fuera de dicha visión el espacio se revela como el devenir naciente de lo que se funda junto a nuestro propio sentir o pensar, donde cada palmo de tierra surge del propio tacto, cada paso o gesto inaugura una senda que se va abriendo desde la propia experiencia. La percepción se muestra entonces inseparable del sentido u objeto que ésta percibe, no hay ninguna dirección trazada pues todo camino se hace al andar. El espacio geométrico, concreto y mesurable desde la vista, se revela ahora como un campo emergente e inagotable sobre el que resulta imposible trazar unas coordenadas. La habitación deja de estar cerrada con paredes y techo para abrirse en una infinidad de pliegues que la sensibilidad capta. El espacio cartografiado se experimenta como un infinito atmosférico, informe y cambiante. Dejamos de estar en un lugar concreto, localizable y

claramente ubicado, para experimentarnos simultáneamente en todas partes, sintiendo como el lugar se metamorfosea junto a nuestras propias sensaciones, cambiando con cada sonido o impresión, pasando a formar parte de nuestro propio cuerpo, el cual también muta y se desplaza sutilmente inseparable de todo el resto, tal y como una mente que se piensa, se siente y se reinventa a sí misma.

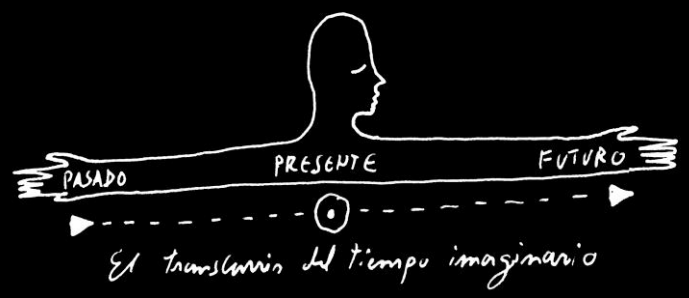



La perspectiva, los puntos de fuga, así como las tres dimensiones que definen todo espacio (altura, anchura y profundidad), dejan de tener cabida, pues uno puede sentirse en todas partes de la misma forma que en ninguna. Nuestra percepción y comprensión de la naturaleza del espacio se desvanece cuando paralizamos la visión particular sobre la que ésta se sostiene. Y es justo en este tipo de experiencias donde se revela una nueva naturaleza de las cosas, inmensurable, emergente e inseparable del propio sentir que nos funda.



**© Francisco Villalobos & Iván Elvira**

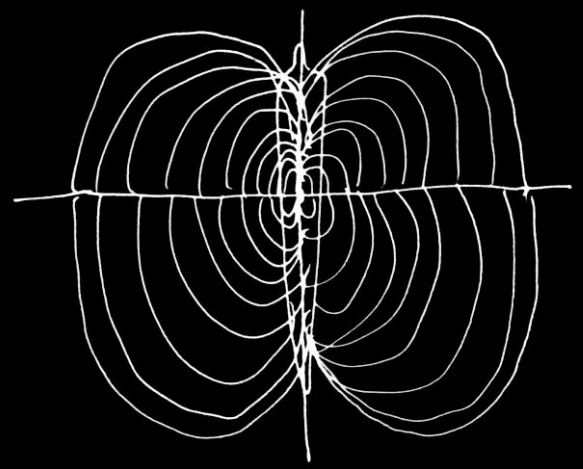
*2- Dimensión temporal*: Nuestra percepción del tiempo tiene también un soporte puramente visual, pues es la mirada la que ordena de forma consecutiva y cronológica todos los sucesos. Pensemos en cómo la mente ha sido programada para percibir los acontecimientos sobre el gráfico de una línea continua que va de pasado a futuro. El presente recorre esta línea imaginaria y milimetrada por minutos, días y años, y va depositando impresiones en los casilleros correspondientes de este depósito. Articulándose sobre dicho artefacto nuestra conciencia cronológica de los hechos, la sucesión o el paso del tiempo, y permitiéndonos reconstruir constantemente sobre los contenidos de esta gráfica nuestra historia pasada, presente y futura.



El transcurrir del tiempo imaginario

Sin embargo cuando paramos la dimensión visual sobre la que se sostiene nuestra comprensión histórica y sucesiva de los hechos, esta forma de experimentar y concebir el tiempo deja de tener cabida. Cuando uno permanece suficiente tiempo con los ojos cerrados, ya no puede ordenar sucesivamente las impresiones que recibe, pues todo es vivenciado simultáneamente en un ahora donde ya no puede concebirse el antes ni el después. La experiencia temporal y progresiva es abolida y se transfigura en vivencia atemporal donde ya no se puede hablar de evolución, crecimiento, desarrollo o progreso. Pues la propia experiencia requeriría de una nueva noción de lenguaje diferente a ésta de la que ahora mismo me valgo, que no hace sino acentuar esa dimensión progresiva de la escritura, cuya expresión reafirma esa continuidad fingida que la propia mirada solicita.

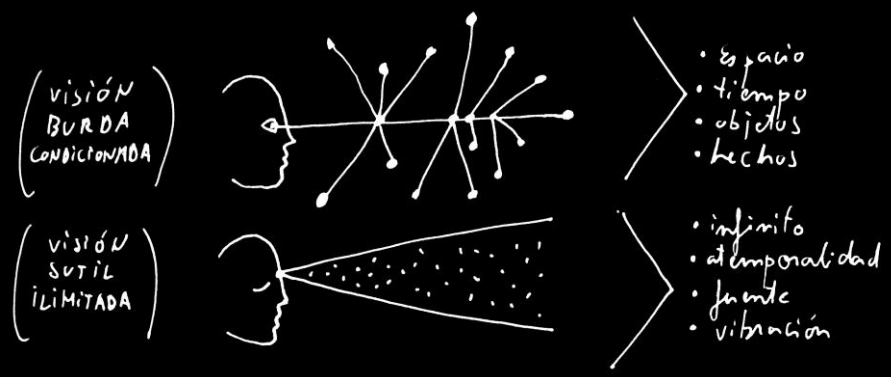
**© Francisco Villalobos & Iván Elvira**



Atemporalidad - todo es ahora

Cuando tenemos los ojos cerrados no podemos hablar siquiera de sucesos, fenómenos o acontecimientos, pues cuanto se experimenta no puede ajustarse a la concreción de una palabra o un hecho, pues todo lo vivido llega en su condición indeterminada y ambigua, sin una forma definida y conceptualizable, siendo inseparable la experiencia de aquel que lo experimenta. Así que si no hay hechos ni acontecimientos, tampoco podemos hablar de un curso sucesivo de éstos (tiempo).

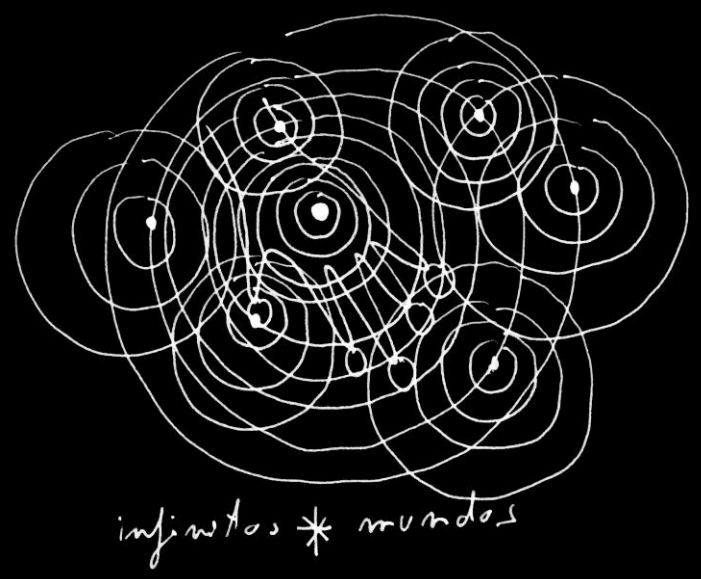
*Dimensión objetual*: Tras comprobar cómo nuestra experiencia espacial y temporal de las cosas viene determinada por el modo en que culturalmente éstas son pensadas y visualizadas, observamos claramente la limitada particularidad de nuestras formas de saber y conocimiento, pues se revelan como estrategias focalizadas para reducir y solicitar el mundo sobre unos parámetros asentados a priori, bajo los que se esconden unos intereses funcionales de uso, dominio y control (poder), en lugar de una vocación desinteresada por experimentar la naturaleza creativa, indeterminada e intransferible de las



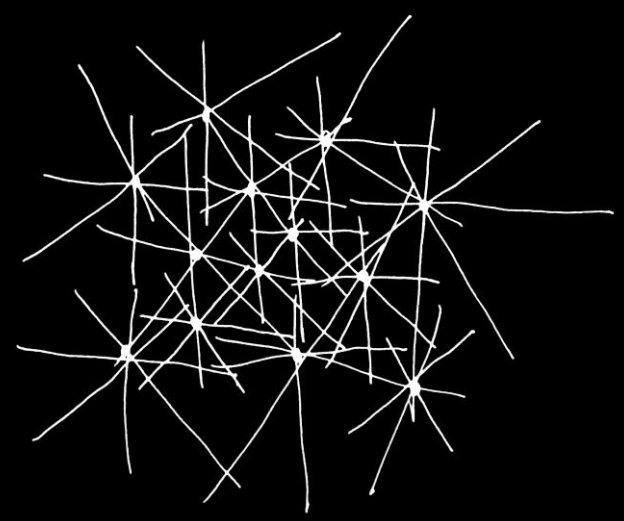
© Francisco Villalobos & Iván Elvira

propias cosas.

Cuando paramos la actividad de la mirada convencional (bajo la que todo se presenta como conocido, seguro, estable y controlado), se desata una mirada sutil e intuitiva sobre la que explora y redescubre las cosas desde el tacto, la calidez, la




vibración, el olor, las texturas, los ritmos y las imágenes ilimitadas que el objeto revela al recorrer sus formas, al sentir su energía y su latido, la diversidad irreductible de su voz o su canto. Aquí el objeto que ante la mirada burda carece de interés, se convierte en un enigma indescifrable. Cuando su voz nos llega fuera de ese sentido programático de lo visual, este es redescubierto como un gran desconocido, un signo misterioso que revela algo de nuestra propia naturaleza, pues su contacto nos pone en funcionamiento, despierta una serie de sensaciones o campos de experiencia que resultan irreductibles, inobjetivables, imposibles de formalizar u objetivar. El mismo objeto no cesa de producir impresiones, imágenes, estados de ánimo, mundos, pero



precisamente porque nunca es el mismo objeto, nunca son las mismas condiciones en el encuentro, nunca es el mismo río que alguna vez creímos conocer.

El terror surge cuando a través de estas prácticas entramos en contacto con una dimensión ilimitada de las cosas, donde ya no controlamos nada de lo que sucede, donde todos nuestros recursos habituales son anulados (yo, ego, conciencia, sentido común, mundo conocido...). Un pánico a lo desconocido que alude a la imposibilidad de soportar el esplendor de nuestro verdadero rostro, escondido bajo las máscaras cotidianas que constituyen nuestros refugios-cárceles. Cuando se apartan las apariencias que hacen que la experiencia de las cosas y de nosotros mismos sea mesurable y limitada, se manifiesta entonces la naturaleza divina y desbordante de nosotros mismos.

Y he aquí el sentido de este rito iniciático, el cual surge de la necesidad de pasar de la investigación a la práctica, generar una gimnasia y unos ejercicios para penetrar en esas tierras vírgenes e inexploradas, comenzar la actividad justo allí donde acaban los puentes de nuestros discursos, ofreciendo a algunas personas la posibilidad de ungirse más allá de sí mismos, para cultivar una conciencia que atraviesa los velos que por doquier irrumpen en el camino.